

La ciudad que coexiste

Medellín (rojo) 1968

ÓSCAR CALVO ISAZA Y MAYRA

PARRA SALAZAR

Editorial Planeta, Alcaldía de Medellín,
Medellín, 2012, 172 págs., il.

LA REFERENCIA a “Medellín 1968” evoca entre historiadores y estudiosos sociales la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en esa ciudad colombiana entre el 26 de agosto y el 6 de septiembre de dicho año. Este evento tuvo una importancia enorme en la historia de la Iglesia en América Latina, pues propició nada menos que su transformación a la luz del Concilio Vaticano II. Entre otros aspectos, ello significó la modernización de la liturgia, la renovación del compromiso de la Iglesia con la justicia social y la radicalización política de algunos sectores de la jerarquía católica vinculados a la teología de la liberación.

A mayor escala, Medellín forma parte de una serie de eventos —el mayo francés, la masacre de Tlatelolco, la invasión de la URSS y sus aliados del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia—, que han llevado a pensar 1968 como el año/acontecimiento donde se origina nuestro presente histórico. Aunque la discusión sobre el significado del 68 está lejos de cerrarse, pocos ponen en cuestión que dicho suceso tuvo una relevancia mundial, bien como época, como signo de cambio contracultural o como cierre de un periodo revolucionario¹.

Óscar Calvo Isaza y Mayra Parra Salazar muestran los otros Medellín que coexisten con el de la Conferencia y que se confrontan en esos días de agosto de 1968. Por un lado, la ciudad industrial en expansión que trata de mostrar su mejor cara ante los visitantes y la prensa extranjera. Por otro, el que ellos denominan “Medellín (rojo)” conformado por los habitantes de los tugurios y barrios piratas, curas vileros, sindicalistas y estudiantes que buscan aprovechar la magnitud del

acontecimiento religioso para visibilizar sus demandas.

Como lo explican los autores, el objetivo del libro no es reconstruir las discusiones de los obispos, sino “recrear la historia de la protesta social, la secularización y la vida urbana en la ciudad en 1968”, o, en otras palabras “interpretar la historia de Medellín a partir de Medellín” [pág. 24].

Es importante comprender el enfoque del problema, pues allí radica su novedad. Sobre cada tema es posible encontrar trabajos históricos detallados; más abundantes sobre la Iglesia latinoamericana, la Conferencia Episcopal, la teología de la liberación o Camilo Torres, y menos de lo que quisiéramos sobre el desarrollo urbano de Medellín, la protesta social y los cambios socioculturales de la ciudad en la década de 1960. Pero *Medellín (rojo) 1968* aporta un enfoque novedoso para analizar las relaciones existentes entre estos temas, al ponerlos en juego como actores de la “zona de contacto transnacional” que se configura en Colombia por la visita del papa y la celebración de la II Conferencia Episcopal Latinoamericana.

Salvo un par de menciones en la introducción y en la conclusión, no hay un desarrollo teórico sobre el concepto de “zona de contacto transnacional”. Pero ello no supone necesariamente una falencia. A lo largo de los siete capítulos del libro, el lector puede ver “actuando” el concepto tras bambalinas, sin que el texto se recargue de jerga o de disquisiciones teóricas superpuestas al problema histórico. Con un lenguaje sencillo y, sobre todo, con un exhaustivo trabajo de fuentes (algo ya característico en las investigaciones de Óscar Calvo), se logra ver, en varias escalas de análisis, cómo se presentaron los actores ante el mundo y las diferentes estrategias que utilizaron para imponer —o al menos visibilizar— su propia agenda política.

En el primer capítulo se analizan las iniciativas misionales adelantadas por la Iglesia católica desde finales de la Segunda Guerra Mundial para difundir el cristianismo en un mundo cada vez más alejado del evangelio y amenazado por el comunismo. En este caso los autores muestran el proceso en diferentes escalas; es decir, cómo las políticas globales de un actor transnacional

por excelencia —como es la Iglesia católica—, se van adaptando a realidades regionales y locales particulares, y tienen efectos diferentes a los previstos por sus creadores. Así, el trabajo misionario desarrollado en Europa por los curas obreros se trasladó a América Latina a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, pero a partir de las nociones de “territorio” y “pobreza”. Este proyecto decayó a mediados de la década de 1960 y tuvo resultados heterogéneos en América Latina, principalmente por la resistencia de algunos sectores conservadores de la jerarquía católica, como fue el caso de Colombia. No obstante, algunos equipos pastorales residentes en las comunidades lograron subsistir, lo que implicó “la transición de un proyecto controlado de manera centralizada por las jerarquías hacia un ejercicio apostólico más autónomo de comunidades misioneras desplegadas en el territorio urbano” [pág. 33].

En el segundo capítulo el análisis se traslada a Medellín, y se presentan los esfuerzos del arzobispo Tulio Botero para hacer frente a los procesos de secularización y migración que amenazaban la disciplina laboral y el control moral de la Iglesia sobre la población. Una de esas iniciativas llevó a algunos sacerdotes jóvenes a cumplir su labor misional en los asentamientos populares de Medellín, entre ellos a Vicente Mejía —uno de los protagonistas de *Medellín (rojo) 1968*—. El resto del capítulo muestra la transformación de Mejía entre 1964 y 1965 cuando sirvió como vicario de los habitantes de Villa del Socorro, hasta comprometerse de manera total con las luchas de los pobladores y apoyar las ocupaciones en la zonas de El Popular y Santo Domingo Savio.

El título del tercer capítulo, “Los nuevos tiempos”, es una metáfora para representar tanto los vientos de cambio que soplaban en la institución católica, como las transformaciones en la cultura urbana en Medellín, con la consolidación de sociabilidades de corte contestatario, movimientos políticos radicales y vanguardias artísticas como el nadaísmo. El texto va describiendo cómo fueron leídos estos fenómenos —comunes en toda América Latina—, en el documento preparado por el Celim como base para la discusión de la

1. Hugo Fazio Vengoa, “Los años sesenta y sus huellas en el presente”, en *Revista de Estudios Sociales*, Bogotá, núm. 33, págs. 16-28.

RESEÑAS		HISTORIA
<p>Conferencia de Medellín, y cómo ambos (el espíritu aperturista de la Iglesia y las transformaciones socioculturales) generaron un permanente rechazo por los sectores más conservadores de la jerarquía católica, que en Colombia eran dominantes.</p> <p>Los capítulos cuarto al séptimo se centran en los acontecimientos de 1968, esto es la visita de Pablo VI a Bogotá para asistir al Congreso Eucarístico Internacional y la celebración de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín. Al decir de los autores, estos acontecimientos de masas sin precedentes en el país, “sirvieron como telón de fondo de una pertinaz lucha por las imágenes de Colombia, para establecer qué podía ser visto y dicho ante el mundo” [pág. 81]. Bajo este presupuesto se analiza la movilización nacional e internacional que suscitó la visita del papa, tanto para presentar demandas particulares como para dar a conocer posiciones disidentes en materia política y religiosa. También se estudian las acciones del entonces presidente Carlos Lleras Restrepo y de la prensa nacional para contrarrestar las críticas y presentar la mejor cara del país ante el mundo.</p> <p>Algo muy similar ocurrió en Medellín, donde las autoridades aceleraron las obras para presentar a los visitantes una ciudad moderna y sin tugurios, mientras algunos pobladores urbanos buscaron visibilizar sus problemas recurriendo a marchas, asambleas y cartas públicas a los miembros del episcopado. La diferencia radical, señalada por los autores, estriba en que mientras la visita del papa a la capital del país fue un acto de masas sin precedentes y, gracias a la contratación de un satélite de la NASA, millones de personas pudieron ver por televisión a un papa siempre rodeado por la multitud, en Medellín no se vivió ningún encuentro entre la ciudadanía y la jerarquía eclesial. Aspecto que no deja de ser paradójico y hasta problemático, pues uno de los objetivos del evento era acercar la Iglesia al mundo. El caso más extremo de esta situación fue la marcha de los tugurianos del barrio Caribe –encabezados por el padre Mejía y otros líderes sociales– quienes caminaron hasta el lugar de la Conferencia, pero nadie los recibió. Retomando al periodista francés Henri Fesquet, los autores concluyen: “[...] pese</p>	<p>al llamado de los obispos para resaltar el significado social del evangelio, en la práctica los prelados se mantuvieron ajenos a los problemas concretos de los pobres de Medellín” [pág. 117].</p> <p>En el último capítulo se revisa la apropiación de las conclusiones del Congreso por el grupo Golconda (creado en 1968), en un contexto generalizado de escepticismo o franco rechazo a tales postulados. El tema es pertinente porque los sacerdotes de Medellín conformaban el segundo grupo más numeroso de Golconda (después del de Bogotá), con la presencia de Vicente Mejía, Gabriel Díaz, Wilfer Ángel, Tulio Vélez, Óscar Vélez e Ismael Mejía, quienes habían acompañado importantes luchas sociales en la capital antioqueña. Sin embargo, este apartado aparece un tanto desconectado de los precedentes y rompe con la estructura que se había venido construyendo, al seguir la trama de los sacerdotes rebeldes después de Medellín, pero no de los pobladores de los barrios populares, que también le habían dado vida a <i>Medellín (rojo)</i>. Ello crea la impresión que la problemática por la vivienda popular había sido introducida desde fuera por los miembros más radicales del clero o los comunistas de Provienda, pero que cesó una vez los curas rebeldes fueron retirados de la comunidad.</p> <p>Ya se mencionó el riguroso trabajo de fuentes que sustenta al trabajo, pero es necesario volver sobre dos aspectos relacionados. En primer lugar, se debe destacar la consulta de documentos de la inteligencia militar que reposan en el Fondo Presidencia de la República, del Archivo General de la Nación en Bogotá. Este fondo lleva pocos años abierto al público y por los hallazgos documentales que se evidencian en esta y otras investigaciones, seguramente llegará a convertirse en una “fuente obligada” para los estudiosos de la historia social del Frente Nacional. En segundo lugar, los documentos de inteligencia militar trabajados por Óscar Calvo y Mayra Parra suscitan preguntas que van más allá de los alcances del libro; por ejemplo, ¿el envío de los informes al arzobispo de Medellín se hacían por iniciativa de los funcionarios de los organismos de inteligencia (F2) o había algún tipo de acuerdo entre las instituciones? ¿Cómo</p>	<p>participaban miembros del clero en las redes de espionaje?</p> <p>En segundo lugar, el libro contiene numerosas imágenes que están integradas al texto, pero que de manera mucho más contundente que la palabra escrita muestran los diferentes actores de Medellín: la tecnocracia representada por los planos y los proyectos de modernización urbana; los solemnes actos litúrgicos en el parque Berrío en contraste con las imágenes de la liturgia celebrada por los recicladores en el basurero de la ciudad; las bandas de <i>rock</i>, mujeres en minifalda y monjas en actitud desafiantes que subvierten la estructura jerárquica y conservadora de la ciudad; los afiches del Frente Unido como recuerdo de la radicalización política de aquellos años, y las imágenes dramáticas de las demoliciones de tugurios. Afortunadamente la calidad de la impresión hace mérito a las imágenes y ellas en sí mismas son un aporte de la investigación.</p> <p style="text-align: right;">Luz Ángela Núñez E.</p>